

## Capítulo 4

### España y Colombia, una cooperación estrecha que se reforzará y ampliará

Por **Jesús Gracia**

*Secretario de Estado de Cooperación Internacional y para Iberoamérica. Ministerio de Asuntos Exteriores y de Cooperación*

Pocas cosas son tan gratificantes como tener la oportunidad de influir en el progreso de un país. Y pocos países han sufrido tanto, a lo largo de la historia reciente, como Colombia. España siempre ha apostado, y se ha esforzado, por contribuir a un futuro mejor para Colombia y para sus ciudadanos, país al que hemos apoyado con firmeza en coyunturas complejas y difíciles. Todo ello desde la confianza en la capacidad de los colombianos para hacer frente a enormes desafíos, como la desigualdad, el tráfico de drogas o el desgarrador conflicto armado, auténticos «azotes» que además se «retroalimentan» mutuamente. Observamos hoy con gran satisfacción, así como con justificado orgullo, que Colombia está en vías de superar sus grandes desafíos históricos.

Las cifras no mienten. Son muchas las magnitudes que podrían citarse, entre ellas, que Colombia lleva ya varios años creciendo por encima del 4 % (es de las pocas economías de la región no ya sin riesgos significativos de desaceleración, sino que viene revisando al alza sus proyecciones de crecimiento), que el desempleo se encuentra en cifras históricamente bajas («de un solo dígito») o que las espectaculares cifras de inversión extranjera baten año tras año su récord histórico (casi 17.000 millones de dólares en 2013). Todo ello es sin duda el producto de muchos años de políticas responsables y comprometidas con la estabilidad y el crecimiento sostenible a largo plazo.

Pero no solo impresiona la «cantidad» del crecimiento, sino también su «calidad»: la reducción de la desigualdad, de la pobreza, males endémicos no solo de Colombia sino de muchos —la mayoría— de los países de la región, avanza inexorablemente (por ejemplo, se ha reducido a la mitad, desde 1991, el porcentaje de personas en pobreza extrema). Valga también a este respecto señalar que Colombia ya ha cumplido, anticipadamente, varios Objetivos de Desarrollo del Milenio, entre ellos uno tan decisivo a largo plazo como la cobertura bruta en educación primaria y secundaria. No en vano la apuesta por la educación, que Colombia está haciendo con firmeza, es la apuesta por un futuro mejor.

Sin embargo, las cifras no pueden reflejar, al menos de momento, algo tan relevante y decisivo como la esperanza y la ilusión que —dentro y fuera del país— suscitan los significativos avances de los últimos años en el objetivo de cumplir con los anhelos de paz del pueblo colombiano. Los progresos en las conversaciones de paz de La Habana permiten soñar con la superación de un conflicto armado de más de 50 años que tanto dolor, tanto sufrimiento y tanta desesperación ha producido. Aquí las cifras sí nos pueden ayudar a aprehender la magnitud del drama: 220.000 víctimas mortales y más de cinco millones de desplazados.

No puedo dejar de mencionar que, pese a los tremendos desafíos a los que Colombia ha tenido —y aún tiene— que hacer frente, la democracia se ha mantenido (no ha existido ruptura en el orden constitucional, presidido por una Carta Magna —de 1991— garantista y volcada en la defensa de los derechos humanos) y que la institucionalidad colombiana ha mostrado su solidez frente a las repetidas y continuas amenazas —prácticamente existenciales— a las que se ha enfrentado, que no solo no han acabado con ella sino que han terminado por reforzarla. De nuevo, la calidad de la respuesta del Estado, del país, merece ser puesta en valor. Si el fin no justifica los medios, Colombia nos demuestra que la democracia y el Estado de derecho no solo son un fin en sí mismos, sino el mejor medio para alcanzar los fines más nobles.

España siempre ha estado —y sigue estando— dispuesta a contribuir en favor del cumplimiento de los deseos de paz del pueblo colombiano. En este sentido, en un escenario de posconflicto, que presentará también no pocos desafíos (probablemente mayores que las propias conversaciones de paz), España sabrá estar a la altura de las exigencias de un momento de tamaño significación histórica. En otras palabras, España no escatimará esfuerzos para contribuir a la superación de las inmensas heridas producidas por el conflicto.

España ha apoyado históricamente a Colombia y a los colombianos, no en vano somos países con vínculos tan numerosos y profundos —históricos, culturales, humanos, económicos— que nuestro apoyo era más que natural, era casi obligado. No puedo dejar de mencionar que España también ha sentido, y agradece mucho, el apoyo y aliento que Colombia ha prestado a nuestro país en los últimos años, en el contexto de la dura crisis económica que, tras una audaz política de reformas estructurales y con grandes esfuerzos y sacrificios del pueblo español, estamos dejando atrás, lenta pero inexorablemente.

En el esperanzador escenario que se está abriendo en Colombia, el apoyo de España no solo se mantendrá, sino que se reforzará y ampliará: las más de 300 empresas españolas ya instaladas en el país, nuestros casi 6.000 millones de euros de inversión acumulada, la profunda experiencia de la cooperación española en Colombia o la excelente relación entre nuestros Gobiernos constituyen la mejor plataforma para apoyar las prioridades expresadas por el presidente Santos, «Paz, equidad y educación», que marcan una ambiciosa y estimulante «hoja de ruta» hacia un futuro esperanzador.